CAPÍTULO XII

El Hijo de Dios en sus relaciones con el pueblo de Israel.

I

Hay en las relaciones del Hijo de Dios con su amado pueblo de Israel, maravillas y grandezas tan admirables, que no podemos comprenderlas, ni ¿cómo pudiera abarcar la inteligencia humana las efusiones del amor de Dios que se desbordan en bondad y ternura sobre un pueblo que en otro tiempo su Majestad se dignó preferir á todos los demás?

Lo que hizo el Hijo de Dios con el pueblo judío, y las palabras que se dignó dirigirle por medio de los Profetas y por sí mismo, prueban hasta la evidencia cuánta fué la grandeza del amor que le tuvo. ¿Á cuál otro pueblo prometió alguna vez que tomaría su sangre? Aún tenemos más que admirar en esto, y es lo que San Pablo nos indica diciendo que el Hijo de Dios jamás tomó la naturaleza de los ángeles, pero sí

tomó la sangre de Abrahán, á quien prometió que nacería de su linaje„ (1). He aquí la gran prueba del amor del Hijo de Dios para con el pueblo judío, ¿y cuál otra más excelente y perfecta pudiera darle, cuando esta sola lo elevaba sobre los demás pueblos de la tierra? Tal grandeza, fundada estaba en la estrecha y misteriosa unión que el Hijo de Dios, al encarnar, había de establecer con el pueblo escogido. Ese pueblo sería su familia, y viviría con El, como los hijos viven con su padre y los hermanos con aquel que entre ellos es el primogénito. He aquí el lugar que correspondía á ese pueblo, en virtud de la preferencia que el Hijo de Dios le quiso conceder. Al retirarse nuestro amado Señor al país de Tiro y de Sidón, según refiere San Mateo, una mujer cananea empezó á dar voces diciendo: "¡Señor, Hijo de David, ten lástima de mí; mi hija es cruelmente atormentada del demonio.—Jesús no le respondió palabra, y sus discípulos, acercándose, intercedían diciéndole:—Concédele lo que pide para que se vaya, porque viene gritando tras de nosotros. —Respondió Jesús:—Yo no soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel.—Ella no obstante, se llegó al Señor y le habló, diciendo:—¡Señor, socórreme!—El le dijo entonces: —No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros„ (2).

---

(1) Hebr., II, 16.
(2) XV, 21-26.

Antes nos había referido el mismo Evangelista que el Señor, enviando á sus discípulos á predicar el Reino de Dios, les dijo lo siguiente: "No vayáis á tierra de gentiles, ni entréis en poblaciones de samaritanos; mas id antes en busca de las ovejas perdidas de la casa de Israel„ (1). ¡Oh, cuán inmensas ventajas traía consigo la Encarnación del Hijo de Dios para el pueblo escogido! Las efusiones de la gracia, la enseñanza de la verdad, todo, en fin, sería para ese pueblo antes que para otro alguno. Aún tenemos que añadir esta pregunta de San Pablo, que da más fuerza á lo que vamos diciendo: "¿Los judíos están caídos para no levantarse jamás? No por cierto. Mas su caída ha venido á ser ocasión de salud para los gentiles, para que el ejemplo de éstos excite la emulación de los primeros. Y si su delito ha venido á ser la riqueza del mundo, y el menoscabo que han sufrido es el tesoro de las naciones, ¿cuánto más lo será su plenitud, ó sea su futura restauración? Hablo con vosotros, ¡oh gentiles!—continúa diciendo San Pablo.—Soy apóstol de los gentiles, y he de honrar mi ministerio para ver si de algún modo puedo provocar á una santa emulación á los de mi linaje, y lograr que algunos se salven. Porque si el haber sido los más de ellos desechados fué la reconciliación del mundo, ¿qué será su restablecimiento, sino

(1) X, 5-6.

resurrección de muerte á vida? Porque si las primicias de los judíos son santas, lo es también la masa de la nación, y si es santa la raíz, también lo son las ramas; y si algunas de éstas han sido cortadas, y si tú, ¡oh pueblo gentil!, que no eres más que un acebuche, has sido injertado en lugar de ellas, participando de la savia que sube de la raíz del olivo, no tienes de qué gloriarte contra las ramas naturales, y si te glorías, sabe que no sustentas tú á la raíz, sino ésta te sustenta á ti .. Si los judíos no permanecieren en la incredulidad, serán de nuevo unidos á su tronco, pues Dios es poderoso para hacerlo; porque si tú fuiste cortado del acebuche, que es tu tronco natural, é injertado en la oliva castiza, ¿con cuánta mayor razón lo serán en su propio tronco las ramas naturales del olivo?...

Si una parte de Israel ha caído en obcecación, hasta que la plenitud de las naciones haya entrado en la Iglesia, entonces será salvo todo Israel, según está escrito: "Saldrá de Sión „el Libertador, que desterrará de Jacob la im„piedad, y tendrá efecto la alianza que he hecho „con ellos, en habiendo Yo borrado sus peca„dos.„ En orden al Evangelio, son enemigos de Dios por ocasión de vosotros; mas con respecto á la elección de Dios, son muy amados por causa de sus padres, pues los dones y la vocación de Dios son inmutables... Los judíos están al presente sumergidos en la incredulidad para dar lugar á la misericordia que vosotros habéis

alcanzado, á fin de que á su tiempo consigan también ellos misericordia„ (1).

Compréndese, por lo que acabamos de decir, que no hay palabras que puedan expresar dignamente la generosidad y la grandeza del amor del Hijo de Dios para con el pueblo judío, amor de una preferencia incomparable y de una constancia que, á pesar de los grandes crímenes de ese pueblo, no llega á olvidarle enteramente; porque Dios no se arrepiente de sus dones, y aquel amor recogerá por fin á los hijos de Jacob, dándoles el ósculo de paz eterna, y nadie en adelante llegará á separarlos de su seno.

Dios amó á los israelitas, y les probó el amor que les tenía con incontables y grandes beneficios; he aquí de qué manera Moisés y David pregonaban las misericordias del Señor para con su pueblo: "Vosotros habéis visto—decía Moisés á los israelitas—todas las cosas que hizo el Señor en vuestra presencia en la tierra de Egipto contra Faraón y todos sus Ministros y todo su Reino. Visteis con vuestros propios ojos las grandes plagas con que los probó, aquellos prodigios y maravillas estupendas, y el Señor no os ha dado hasta el presente un corazón que sienta, ni ojos que miren, ni oídos que quieran escuchar. El Señor os ha conducido hasta aquí por el desierto durante cuarenta años, sin que se hayan gastado vuestros vestidos ni se ha roto de puro viejo el calzado de vuestros pies. No habéis comido pan ni bebido vino ó sidra, á fin de que por el maná conocierais que yo soy el Señor Dios vuestro, y llegasteis á este sitio, donde nos salieron al encuentro Sehón, Rey de Hesebón, y Og, Rey de Basán, para pelear contra nosotros, y los hemos derrotado, y apoderándonos de su tierra, la hemos dado en posesión á Rubén, y á Gad, y á la media tribu de Manasés. Ahora, pues, guardad las palabras ó condiciones de esta alianza y cumplidlas, á fin de que os salga bien cuanto emprendáis. Vosotros estáis hoy todos juntos en la presencia del Señor Dios vuestro, vuestros Príncipes y tribus, los ancianos y los doctores, todo el pueblo de Israel, vuestros hijos y mujeres, y los extranjeros que moran entre vosotros en el campamento, sin excluir de este número los leñadores y aguadores, todos estáis aquí, á fin de que, ¡oh Israel!, renueves la alianza del Señor Dios tuyo, alianza jurada que hoy ratifica el Señor Dios tuyo contigo, para elevarte á ser pueblo suyo, y para ser él tu Dios, como te lo tiene dicho, y como lo juró á tus padres Abrahán, Isaac y Jacob. Ni yo concierto esta alianza y confirmo estos juramentos con sólo vosotros, sino con todos, con los presentes y con los venideros„ (1).

Expresiones son éstas del amor más entra-

(1) Rom., XI, 11-31.

(1) Deut., XXIX, 1-15.

ñable y sincero; de un amor que no cierra para siempre las puertas á quien le ha ofendido, sino que llama, espera y recibe en sus brazos al que en otro tiempo había prodigado sus caricias. Esto fué lo que hizo realmente el Hijo de Dios con el pueblo de Israel; su Majestad conocía los pecados que habían de cometer sus hijos, y sin embargo de esto les dice lo siguiente: "Cuando movido tu corazón á penitencia en medio de las naciones entre las cuales te habrá esparcido el Señor tu Dios, te volvieres á El con tus hijos y obedecieres sus Mandamientos, de todo corazón y con toda tu alma, el Señor tu Dios te hará volver de tu cautiverio y tendrá misericordia de ti, y otra vez te congregará de todos los pueblos por donde antes te desparramó. Aunque hayas sido dispersado hasta las extremidades del mundo, de allá te sacará el Señor Dios tuyo... Y volverá á complacerse en colmarte de bienes, como se complació al hacerlo con tus padres„ (1).

David cantaba las alabanzas del Señor, recordando los beneficios que había dispensado á su pueblo, y los castigos que había mandado contra sus enemigos. "Alabad al Señor é invocad su santo Nombre—decía el Profeta-Rey;—predicad entre las naciones sus obras; entonadle himnos al son de músicos instrumentos, y referid sus maravillas... Acordaos de los prodigios que obró, oh vosotros descendientes de

(1) Deut., XXX, 1-9.

Abrahán, siervos suyos, hijos de Jacob, sus escogidos... El Señor no permitió que nadie los molestase, y por amor á sus hijos castigó á los Reyes... Hizo venir el hambre sobre la tierra y destruyó todo sustento de pan. Envió delante de los suyos á José, vendido por esclavo... Entró Israel en Egipto y fué Jacob á vivir como peregrino en la tierra de Cam; y Dios multiplicó su pueblo en gran manera, y le hizo más poderoso que sus enemigos... Envió á Moisés y á Aarón, su siervo, á quien había elegido; les dió poder de hacer milagros y de obrar prodigios en la tierra de Cam. Envió tinieblas y todo lo obscureció; convirtió las aguas en sangre y mató los peces; la tierra brotó ranas hasta en los gabinetes de los Reyes. Dijo, y vino toda casta de moscas y de mosquitos por todos sus términos. En lugar de agua hacía llover granizo y rayos de fuego abrasador. Dijo, y vinieron enjambres innumerables de langosta y de oruga, y comieron la hierba de los prados y los frutos que había en los campos. Hirió de muerte á todos los primogénitos de aquella tierra, las primicias de su robustez; y sacó á Israel cargado de oro y plata, sin que hubiese un enfermo en todas sus tribus. Extendió una nube que les sirviese de toldo, é hizo que de noche les alumbrase como fuego. Pidieron de comer y les envió codornices, y los alimentó con pan del cielo. Hendió la peña y brotaron aguas, y corrieron ríos por estériles terrenos, porque tuvo presente la santa palabra

que dió á Abrahán, su servidor, y sacó á su pueblo lleno de gozo, y á sus escogidos colmados de júbilo, y les dió el país de los gentiles, y les hizo disfrutar de las labores de los pueblos, á fin de que observasen sus Mandamientos y cumpliesen su divina Ley„ (1).

No es el único salmo en que David, lleno de gratitud, bendice al Señor por sus grandes beneficios; he aquí lo que dice también en otro: "Alaba al Señor, oh Jerusalén; alaba, oh Sión, á tu Dios, porque El ha asegurado tus puertas con fuertes cerrojos, y ha colmado de bendición á los hijos que moran en ti. Ha establecido la paz en tu territorio, y te alimenta de la flor de harina. Manda sus órdenes á la tierra, y éstas se comunican prontamente... Anuncia su palabra á Jacob, sus preceptos y sus juicios á Israel. No ha hecho otro tanto con las demás naciones, ni les ha manifestado sus juicios (2).

Cuando el Hijo de Dios apareció en el mundo, fué todo dulzura y bondad para los judíos: allí están la enseñanza de su celestial doctrina y las maravillas de su omnipotencia, que nos manifiestan cuánto hizo por aquel ingrato pueblo que le había de dar la muerte. ¡Qué cuadro tan encantador y divino contemplamos en la historia del Dios-Hombre, que á fin de llenar la misión que su Padre le había confiado, y ardiendo en celo por la gloria de ese Padre y

(1) Psalm. CIV.
(2) Psalm. CXLVII.

por la salvación de las almas, recorre una y otra vez y cien veces más los caminos de la Galilea y de la Judea, llega á las ciudades, ó bien se dirige á los más pequeños pueblos, anunciando en todas partes el Reino de Dios. Son tan apacibles sus miradas y tan suave el acento de su voz; son tan insinuantes sus palabras, y tal es su constancia, y son tan elevados sus designios, que al verle, al escucharle, los hombres exclamaban: "Jamás hombre alguno ha hablado como El„ (1), porque "enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas y los fariseos„ (2). Para lograr su objeto, emplea el divino Jesús, ya la autoridad del magisterio ó bien los atractivos del amor; ya descubre la virtud de su brazo, obrando divinas maravillas, ó bien su bondad y paciencia en sufrir los insultos de sus enemigos, á quienes llama una y otra vez al buen camino, ó, en fin, se entrega á la muerte, y en medio de sus tristes agonías, ruega al Padre que les conceda su perdón.

He ahí el amor del buen Jesús para con ese pueblo, que no le quiso recibir. Contristado, despreciado, ese amor se vuelve á nosotros, los que antes estábamos lejos, pero que ahora somos su pueblo; recibámosle, y sepamos corresponder á su cariño de tal suerte, qué la infidelidad y las ingratitudes de su antiguo

(1) Joann., VII, 46.
(2) Matth., VII, 29.

pueblo queden sepultadas en el profundo y dilatado océano de nuestros amores para con Jesús, y si El rogaba por los hijos de Jacob, y si daba su vida por salvarlos, también nosotros roguemos por ellos, á fin de que conozcan y reciban al verdadero Mesías, que es Jesucristo nuestro Señor, y acordémonos de estas palabras de San Pablo: "Estoy poseído de profunda tristeza y de un continuo dolor en mi corazón, hasta desear yo mismo el ser apartado de Cristo por la salud de mis hermanos, que son mis deudos según la carne; los israelitas, de quienes es la adopción de hijos de Dios, y la gloria, y la alianza, y la legislación, y el culto, y las promesas, cuyos padres son los Patriarcas, de quienes desciende el mismo Jesucristo según la carne, el cual es Dios bendito por siempre jamás. Amén„ (1).

II

El Hijo de Dios, cual si no hubiese quedado satisfecho de tantas maravillas del poder divino, realizadas en favor de los judíos, quiso todavía manifestarles su ternura inmensa con palabras dulcísimas, llenas de clemencia y bondad; habló primero por sus Profetas, y después por sí mismo. Oigamos cómo se expresa por medio de Isaías: "Escuchadme, oh casa de

(1) Rom., IX, 2-5.

Jacob, y vosotros todos, restos de la casa de Israel, á quienes llevo en mi seno y traigo en mis entrañas. Yo mismo os llevaré en brazos hasta la vejez, hasta que encanezcáis. Yo os hice y yo os llevaré; os sostendré siempre y os salvaré de todo peligro.—Congratulaos—dice también el Profeta—con Jerusalén, y regocijaos con ella todos los que la amáis, y rebosad en contento los que por ella estáis llorando, á fin de gustar á sus pechos la leche de sus consuelos hasta quedar saciados y llenos de las delicias de su gloria; porque esto dice el Señor: Yo derramaré sobre ella la gloria de las naciones como un río de paz y como un torrente que todo lo inunda. Seréis llevados á sus pechos y acariciados sobre su regazo. Como una madre acaricia á su hijito, así Yo os consolaré á vosotros, y hallaréis paz y consuelo en Jerusalén. Vosotros lo veréis, y se regocijará vuestro corazón, y vuestros huesos reverdecerán como la hierba; y será visible la mano del Señor á favor de sus siervos„ (1).

"¿No es Efraín—dijo también el Señor, por medio de otro Profeta,—no es Efraín para Mí el hijo querido, el niño que Yo he criado con ternura? Desde que Yo le he hablado, le traigo siempre en la memoria, y el amor que le tengo ha conmovido mis entrañas. Yo tendré para con él entrañas de misericordia (2).

(1) XLVI, 3-4; LXVI, 10-14.
(2) Hierem., XXXI, 20.